

ECOLOGÍA INTEGRAL. UNA LECTURA DE *LAUDATO SI'* DESDE EL CAPITALISMO NEOLIBERAL

BERNARDO PÉREZ ANDREO¹

Fecha de recepción: abril de 2016

Fecha de aceptación y versión definitiva: junio de 2016

RESUMEN: La propuesta del Papa Francisco en *Laudato Si'* va más allá de incorporar las preocupaciones medioambientales a la Doctrina Social de la Iglesia. Francisco realiza un fino análisis de los problemas globales que afectan a la humanidad y descubre que hay dos realidades profundamente interconectadas: el sufrimiento de los pobres y el sufrimiento de la Tierra como ecosistema global. Este artículo pretende mostrar la propuesta de Francisco: la incompatibilidad entre lo verdaderamente humano y el modelo social y económico imperante, el capitalismo neoliberal globalizado, y la urgencia de una revolución de la ternura y la misericordia.

PALABRAS CLAVE: crisis ecológica, *Laudato Si'*, Papa Francisco, revolución de la ternura, capitalismo neoliberal.

Integral Ecology: a Reading of Laudato Si' from Neoliberal Capitalism

Abstract: The proposal of Pope Francis in *Laudato Si'* goes beyond incorporating environmental concerns in the Social Doctrine of the Church. In it, Francis offers an acute analysis of the global problems that affect humanity and discovers that there are two deeply interconnected realities: the suffering of the poor and the suffering of the Earth as a global ecosystem. This article attempts to outline Francis' proposal: how neoliberal capitalism, as today's leading social and economic model, is incompatible with what is truly human, and the urgency of a revolution fueled by tenderness and mercy.

KEY WORDS: ecological crisis, *Laudato Si'*, Pope Francisco, revolution of the tenderness, neoliberal capitalism.

¹ Doctor en Teología (Valencia 2006) y Doctor en Filosofía (Murcia 2015). Es Profesor Ordinario, Catedrático, de Teología en el Instituto Teológico de Murcia y Coordinador del Máster Universitario en Teología de la Universidad de Murcia en convenio con el Instituto Teológico de Murcia. Mantiene dos líneas de investigación, una sobre la relación de la Teología con la posmodernidad globalizada y la otra sobre los procesos de desecularización. Fruto de sus investigaciones cabe señalar como últimas obras *No podéis servir a dos amos. Crisis del mundo, crisis en la Iglesia*, RD/ Herder, Barcelona 2013. Correo electrónico: b.perezandreo@gmail.com

1. INTRODUCCIÓN

La propuesta del Papa Francisco en *Laudato Si'* va más allá de, como algunos han pretendido, incorporar las preocupaciones medioambientales a la Doctrina Social de la Iglesia. Francisco realiza un fino análisis de los problemas globales que afectan a la humanidad y, como San Francisco en el siglo XII, descubre que hay dos realidades profundamente interconectadas: el sufrimiento de los pobres y el sufrimiento de la Tierra como ecosistema global. Estas dos realidades están interconectadas porque hay un modelo económico, social y político, el neoliberalismo globalizado hoy, el capitalismo emergente en el siglo XII, que es el causante de estos dos males. Según las propias palabras de Francisco, vivimos bajo una economía que mata, literalmente. Que mata a las personas y que mata al planeta entero. Esta muerte no está causada por motivos imposibles de evitar o por consecuencias inesperadas, sino por el desarrollo de la propia lógica del sistema económico imperante.

El problema está ahí, en la lógica que subyace al modelo imperante. Es una lógica basada en el lucro sin ningún límite. Esta ausencia de límite es, precisamente, la raíz del pecado en el relato bíblico de la expulsión del paraíso. Cuando Adán y Eva traspasan el límite de lo que les era posible, al comer del fruto del árbol del conocimiento del bien y el mal, han ido más allá de lo que les constituye como humanos. Ser humano es vivir en un mundo con unos límites precisos: límites morales, límites físicos y límites metafísicos. Cuando se sobrepasan los límites, la *hybris* atrapa al hombre y este se convierte en un ser distinto a su vocación. Dios puso al hombre en medio del jardín para que lo cuidara y protegiera; le dio un mandato, comer de todos los árboles, y un límite, no comer de uno de ellos. Le advirtió de las consecuencias, la muerte, y las asumió al transgredir el límite. Tras pasar el límite moral, no comer del árbol, el límite pasa a ser ontológico: deber morir. Antes de pasar el límite no tenía por qué morir; tras pasarlo no puede no morir. La mortalidad, el límite dentro de la estructura ontológica del hombre, es la consecuencia de la extralimitación moral.

Hoy, el hombre ha sobrepasado el límite impuesto por el medio natural que le rodea. Con la ciencia y la técnica es capaz de destruir aquello que le fue dado para cuidar. Como en el relato genesíaco, este rebasamiento del límite le llevará a no poder no morir como especie. Lo que *in illo tempore* causó la mortalidad personal, hoy puede causar la mortalidad como especie. Contra esto se levanta el Papa Francisco en esta atrevida e inusual encíclica y lo hace poniendo sobre la mesa los problemas que afectan a nuestra casa común, la Tierra, y destapando las causas profundas, las

humanas, que nos llevan a esta situación. En este artículo queremos mostrar lo que propone Francisco, pero dando un paso más sobre su reflexión, de modo que quede clara la incompatibilidad de lo humano respecto al modelo social y económico imperante, el capitalismo neoliberal globalizado, y la urgencia de una revolución que, como ha dicho el Papa, deberá ser de ternura y misericordia, pero una revolución al fin.

2. EL ERIAL EN QUE HEMOS CONVERTIDO NUESTRA CASA COMÚN

En la encíclica, el Papa titula el capítulo primero «Lo que está pasando a nuestra casa»². Se trata de un repaso a los problemas acuciantes del planeta desde dos perspectivas: la ambiental y la social. Esto es lo más sobresaliente de su análisis, no separar ni confundir ambas realidades. Lo que sucede al planeta le afecta al hombre y lo que sucede a los hombres afecta al planeta. No podemos olvidar que el sistema ecológico es una unidad de todos sus componentes y somos seres vivos porque interactuamos con el planeta entero, desde las estructuras físicas del mismo hasta las químicas y biológicas. Nuestra vida no sería posible sin ese equilibrio climático que permite una temperatura de unos 14° C de media en el planeta. Esa temperatura es la clave para que se den los actuales regímenes de lluvias y las corrientes oceánicas que reparten el calor por todo el planeta, convirtiendo en casi paraísos lugares que de otro modo serían yermos congelados, como toda la Europa del norte y parte del sur.

Pero, lo más significativo del texto de Francisco es la comunión en los males en la que se encuentran tanto los pobres como el mismo planeta Tierra. Los lugares más ricos en biodiversidad y con más riqueza del subsuelo, en bosques o en ríos o lagos, son los que más sufren el acoso del modelo económico imperante, causando a la vez un mal ecológico y una injusticia social. Los pobres no lo son porque sus hábitats lo sean, sino porque, paradójicamente, son lugares de extrema riqueza, una riqueza apetecida por las grandes corporaciones y los países que se enriquecen con su extracción. Pasamos a ver esto en dos momentos: el primero será ver lo que está pasando al medioambiente y lo segundo lo que está pasando a las personas, a los pobres especialmente. Por último, veremos que se está haciendo por evitarlo.a) La degradación medioambiental.

² PAPA FRANCISCO, *Carta Encíclica Laudato Si' sobre el cuidado de la casa común*, 24 de mayo de 2015. En adelante se citará este documento por sus números entre paréntesis en el texto.

La degradación medioambiental se produce en tres ámbitos fundamentalmente: la contaminación, el problema del agua y la pérdida de la biodiversidad. Estos tres ámbitos tienen efectos en otras realidades del planeta, pero son los efectos más evidentes y que más repercusión tienen en el resto del medio natural. Los tres ámbitos son afectados por un modelo económico y social de desarrollo que no tiene en cuenta las necesidades del planeta ni los límites de explotación de los recursos.

La contaminación se produce en varios niveles (nn. 20-22). De un lado está la contaminación derivada del proceso productivo y de otro la derivada del proceso de consumo. Ambas van unidas, pero la más preocupante es la que se asocia al proceso productivo, al ser la primera. Los procesos de producción han sido modificados en los países enriquecidos para que se produzca la menor cantidad de contaminación posible, sea esta en el aire, en el subsuelo o en los cursos fluviales. A pesar de ello, en estos países, los niveles de contaminación son muy elevados, lo que está produciendo un coste enorme para el medio natural, pero también para los propios seres humanos. El aumento de los casos de alergias, que ya afectan a más de un tercio de la población mundial, es un ejemplo claro de los efectos de la contaminación. Pero, también lo es el hecho de tener casi la mitad de los recursos hídricos del planeta contaminados por los pesticidas que se utilizan en la agricultura intensiva³. Son ejemplos del efecto que tiene este modelo productivo sobre el medio y sobre los seres humanos.

Sin embargo, donde más afecta este modelo productivo es en los países que eufemísticamente son llamados en desarrollo. Lugares como China, Camboya, India o Bangladesh son hoy las cloacas del sistema productivo internacional⁴. La deslocalización de la industria textil y manufacturera para buscar salarios más bajos y condiciones de vida subhumanas que permitan un control de la masa salarial, ha llevado a exportar, externalizar, nuestra contaminación. No podemos olvidar que, por poner un ejemplo, Estados Unidos consume el 25% de todo lo que se consume, y por tanto contamina en el planeta, mientras apenas supera el 5% de la población mundial⁵. En total, los países enriquecidos, con casi un cuarto de la población mundial,

³ Cf. FAO, *Lucha contra la contaminación agrícola de recursos hídricos*, <http://www.fao.org/docrep/w2598s/w2598s03.htm>.

⁴ Puede verse la campaña de *Greenpeace* contra la polución en China: <http://www.greenpeace.org/espana/es/Trabajamos-en/Parar-la-contaminacion/Agua/Campana-Detox-/>

⁵ RÍOS VILLACORTA, Alberto, «La riqueza y el reparto mundial de la energía», en IMF Business School, <http://www.imf-formacion.com/blog/corporativo/ade/la-riqueza-y-el-reparto-mundial-de-la-energia/>

consumen tres cuartas partes de todo lo que se consume. Eso quiere decir que, aunque se produce y contamina en China, por ejemplo, se consume en Europa. Europa, por tanto, es la responsable de aquella contaminación. Además, las grandes empresas tecnológicas, junto con las corporaciones textiles o automovilísticas, aprovechan la escasa o nula legislación medioambiental, o directamente recurren a la corrupción, para no hacer las inversiones necesarias para evitar la contaminación. El río Mekong es hoy uno de los más contaminados del planeta, mientras que su población no es capaz de salir de la pobreza.

Es evidente que los países enriquecidos exportan su contaminación. Lo hacen mediante la deslocalización de la producción o, directamente llevando allí sus residuos. Es el caso de Ghana, que se ha convertido en el país más contaminado, paradójicamente, por residuos tecnológicos⁶. Mediante una serie de convenios, las empresas de reciclaje de los países enriquecidos, en lugar de reciclar estos materiales: teléfonos, televisores, lavadoras, etc., los exportan como material de segunda mano a Ghana. Allí son amontonados para que los niños quemen los elementos plásticos y extraigan los escasos materiales valiosos. Esto produce una enorme contaminación del aire y los acuíferos, amén de la destrucción de los pulmones de estos pequeños.

Esta contaminación afecta al clima (nn. 24-26), pues la emisión de gases de efecto invernadero, derivada de la quema de combustibles fósiles, es la causa principal del calentamiento del clima. Desde 1958, fecha que tenemos los primeros registros de CO₂ en la atmósfera, este gas ha pasado de 350 ppm (Partes por millón en la atmósfera) a 407 ppm en la actualidad⁷. Según los registros del hielo en la Antártida, la media de los últimos 800.000 años era de menos de 300 ppm. Esto quiere decir que, en muy poco tiempo, en la era industrial, la concentración de estos gases ha aumentado un 33% en la atmósfera. Además, el calentamiento repercute en el metano encerrado en el permafrost de Siberia. Al derretirse este, deja salir el metano contenido durante milenios allí y este gas tiene un efecto veinte veces mayor de calentamiento. Al haber más calor en la atmósfera se genera más vapor de agua, que también aumenta la temperatura por el efecto invernadero. Por tanto, los patrones climáticos de los últimos miles de años se están viendo modificados de forma drástica en muy poco tiempo. Ya tenemos un aumento de 1,1° C de

⁶ GREENPEACE, *Chemical contamination at e-waste recycling and disposal sites in Accra and Korforidua, Ghana*, <http://www.greenpeace.org/international/en/publications/reports/chemical-contamination-at-e-wa/>.

⁷ Los datos disponibles dependen de las investigaciones pioneras de Charles D. Keeling y se pueden consultar en *Scripps Institution of Oceanographic*: <https://scripps.ucsd.edu/programs/keelingcurve/>.

temperatura media sobre la media de los últimos milenios, antes de la era industrial. Se espera una subida de 2° C, que es el límite que algunos han impuesto para evitar un cambio catastrófico del clima. La realidad es que para 2100 puede haber un aumento de hasta 7° C en la temperatura media. 21° C de temperatura media supone temperaturas veraniegas de más de 50° C en los países meridionales y el derretimiento de los hielos árticos y antárticos. Un verdadero desastre para la vida del ser humano en el planeta Tierra.

Pero eso no para ahí. Un problema que puede tener mayores consecuencias a corto plazo es el del agua (nn. 27-30). Las aguas potables del planeta están siendo contaminadas sistemáticamente, pero además los recursos hídricos, cada vez más escasos, están siendo privatizados para beneficio (n. 30) de unos pocos como son las grandes empresas embotelladoras que se apropian de un recurso común para un bien privado y así poder sostener a una pequeña parte de la población mientras el resto pasa verdadera sed. Es el caso de India, donde grandes acuíferos han sido comprados por Coca-Cola para su explotación, mientras las gentes de la región no disponen del agua necesaria para vivir⁸.

Por último, el documento hace referencia a la pérdida de biodiversidad (nn. 32-42) provocada por los desastres que el ser humano ocasiona, pero también por la avaricia de algunos que ponen en riesgo zonas del planeta que permiten la subsistencia de una enorme diversidad biológica que es la base para la pervivencia de la vida en el planeta. Las grandes empresas del aceite de palma están deforestando lugares como África subsahariana o la isla de Borneo para la plantación de esta oleaginosa que tan extendida está para usos culinarios, especialmente para la industria de la alimentación rápida. El aceite de palma es barato de producir y es un buen conservante, amén de aportar sabor a los productos⁹. Sin embargo, su extensión ha producido la pérdida de los más importantes bosques originarios que aún le quedaban al planeta. Estos bosques eran lugares de una enorme biodiversidad que podían aportar aún muchos recursos en forma de medicinas que ya se han perdido para siempre. La plantación de la palma ha destruido los bosques y al final, tras su saturación, estas tierras acaban como un erial donde nada se puede producir. Los habitantes de la zona son sistemáticamente explotados para la obtención de la palma y después serán descartados, como todo lo demás: la tierra, el agua, el bosque.

⁸ INDIAN RESOURCE CENTER, *Coca-Cola y el Agua – Una Relación Insostenible*, <http://www.indiaresource.org/campaigns/coke/2006/cokewwfespanol.html>.

⁹ BUTLER, Rhett A., «El impacto social de la palma de aceite en Borneo», 22-11-2007, trad. Gustavo Lorenzana, http://global.mongabay.com/es/rainforests/borneo/borneo_oil_palm.html.

Este es el problema central: que el modelo económico imperante descarta todo lo que no le es útil. Mientras es productivo lo usa y cuando no lo es lo tira. Usar y tirar el medio ambiente y usar y tirar a las personas. Pasamos a ver a estas últimas.

A) EL DETERIORO HUMANO

El sistema productivo exige altas concentraciones de consumidores y de productores para aumentar la eficiencia. El efecto de esto sobre las personas puede verse en las megaurbes que se extienden por todo el planeta, especialmente en los países en desarrollo. Millones de personas se hacinan en lugares insalubres como mano de obra y ejército en reserva del sistema productivo internacional. Mientras, en el otro lado del mundo, millones de personas se hacinan en los grandes centros comerciales para servir al otro lado de esta moneda maldita del modelo productivo globalizado: el consumo. No hay consumo sin producción y no hay producción sin consumo. Productivismo y consumismo son las dos caras de la misma moneda del desarrollismo, patología que afecta al sistema económico neoliberal globalizado.

No debe entenderse que hubiera dos modelos económicos distintos entre los que elegir, el modelo capitalista y el modelo comunista soviético. En realidad, como muy bien lo vio Juan Pablo II, el comunismo soviético no era más que un capitalismo de estado, siendo el estado el único capitalista¹⁰. Es más, ambos modelos económicos estaban de acuerdo en lo sustancial: la necesidad de producir más a toda costa. En el capitalismo para el lucro de los capitalistas, en el estatalismo soviético para el lucro del Estado, pero en ambos casos era necesario aumentar la producción a toda costa. El productivismo es hijo del ideal de progreso de la modernidad ilustrada. Con la revolución industrial llegó la necesidad de producir más y más sin importar las consecuencias para las personas y el medio ambiente. Se trata de una carrera loca hacia un abismo destructivo que se come su propio sustento físico a la vez que se reproduce. El productivismo viene asociado con el consumismo en el modelo capitalista y esta asociación es la madre de toda la destrucción física del planeta y moral del ser humano.

Como dice *Laudato Si'*, «el ambiente humano y el ambiente natural se degradan juntos» (n. 48). Sin embargo, esta degradación no afecta del mismo modo a todos los habitantes del planeta. El sistema productivo está organizado para generar enormes cantidades de recursos y flujos de riquezas

¹⁰ JUAN PABLO II, *Carta Encíclica Centesimus annus*, 1 de mayo de 1991, n. 35.

hacia una parte pequeña de la población. El 1% de los seres humanos, 32 millones de adultos, disfrutan del 50% de todos los recursos y riqueza producida. Junto a este 1% hay otro 10% que goza de otro 30% de la riqueza. El resto de los recursos quedan para el 90% de la población, pero con un reparto también desigual, pues el 70% de la población apenas puede disfrutar de un 3% de la riqueza¹¹. El simple cotejo de estos datos debe hacer comprender que no se trata de un problema de mal reparto o de escasez, en realidad se produce más de lo que se necesita y por eso se desperdicia una cantidad ingente de recursos. El problema es de injusticia, pero no injusticia en el reparto sino en el modelo que gestiona la producción y la distribución. Se trata de un modelo económico imperante que mata a una parte de la población mundial y explota a otra en beneficio de un grupo muy reducido de seres humanos. Así es el capitalismo neoliberal globalizado posmoderno.

La destrucción del medio natural para producir más y más cada vez para satisfacer un consumismo desaforado, lleva a crear un verdadero infierno en una parte importante del planeta. Es decir, la degradación natural conlleva la humana y ambas están al servicio del lujo y la riqueza superflua de una parte pequeña de la población. En muchos lugares de Asia, África y América Latina las actividades mineras e industriales no respetan el medio natural y destruyen el medio humano. Miles de millones de seres humanos viven en condiciones infrahumanas para servir al dios del productivismo. Pero su producción no les reporta apenas ningún beneficio. Sueldos de miseria por jornadas de trabajo de 10 o 14 horas, seis o siete días a la semana, los mantienen sumidos en la más absoluta esclavitud. En algunas zonas, como en Kivu, zona del Congo donde se extrae el coltán para la producción de móviles, los intereses de las corporaciones del sector financian las guerrillas que les aseguran el acceso al codiciado metal. La situación de guerra constante degrada las condiciones de vida hasta extremos insoportables. Estas condiciones de vida pésimas son lo que la industria necesita para extraer el mineral a bajo coste. Solo destruyendo las condiciones de vida de las personas se les puede obligar a trabajar largas jornadas por sueldos miserables.

El medio más efectivo para conseguir que los países empobrecidos lo sean ha sido y es la deuda. La deuda es un mecanismo de enriquecimiento de unos pocos a costa del resto de la población mundial. Sea mediante la fuerza o bien mediante la corrupción, que es otra forma de violencia, los países enriquecidos han conseguido que los empobrecidos se endeuden con ellos, de modo que países enteros deben aplicar las políticas que interesan

¹¹ CREDIT SUISSE RESEARCH INSTITUTE, *Global Wealth Report 2015*, <http://ep00.epimg.net/descargables/2015/10/14/81cef5bbe2878e321682f7adfde25ec6.pdf>.

a las grandes corporaciones. Además, mediante un arma muy efectiva, la corrupción, se consigue que aquel país no salga nunca del subdesarrollo, aumentando la rueda infernal del endeudamiento. En los años sesenta y setenta, los países desarrollados tenían exceso de solvencia económica y ofrecieron grandes cantidades de dinero para préstamos a bajo interés a África y América Latina. En los ochenta, Volker, el presidente de la FED americana elevó los tipos de interés del 2 al 20% en dos años, lo que provocó la crisis de la deuda. Aquellos préstamos no habían servido para desarrollar los países, buena parte de ellos se quedó en los mismos bancos a nombre de los políticos del país, como Mobutu Seseseko. Pero ahora era el país entero el que debía devolver el préstamo. Al no poder hacerlo caen en manos de las políticas de los prestamistas que les obligan a malvender los recursos naturales. Durante treinta años de neocolonialismo por deuda, Occidente ha explotado sin piedad aquellos recursos, generando una deuda ecológica (n. 51) con aquellos países. Si hacemos cuentas, todavía debemos dinero a esos países, por tanto la deuda debe ser condonada y aún pagar por todo lo extraído.

B) LAS REACCIONES

Para atajar el problema es necesario establecer algo que no existe hoy y que es fundamental desde el punto de vista humano: establecer límites. El límite es lo que nos constituye como humanos y su carencia es lo que nos pone en situación de riesgo. En un fino análisis, Francisco lo dice con toda claridad:

Se vuelve indispensable crear un sistema normativo que incluya límites infranqueables y asegure la protección de los ecosistemas, antes que las nuevas formas de poder derivadas del paradigma tecnoeconómico terminen arrasando no solo con la política sino también con la libertad y la justicia (n. 53).

El paradigma tecnoeconómico, lo que hemos llamado productivismo y consumismo, es el que lleva a superar todos los límites que nos permiten ser humanos. De ahí que haya que poner límites infranqueables para proteger el medio natural. Sin esos límites y una autoridad que los haga respetar, es muy posible que no solo la política, que ya ha sido sustituida por la pura gestión técnica, sino que también la libertad y la justicia, los dos principios sobre los que se construyen las sociedades modernas, acaben eliminadas. Algo de eso estamos viendo en estos tiempos. Los medios de comunicación no realizan su función de informar sobre lo que sucede en el mundo. Lo hacen poco y de mala manera, cuando lo hacen. El control económico sobre

los medios es la forma que ha tomado una nueva censura. Además, como viven de la publicidad, llevarán mucho cuidado de decir algo que vaya contra los intereses de los anunciantes. Hay, por tanto, un doble control, el de los propietarios y el de los anunciantes, todos ellos embarcados en el mismo paradigma productivista-consumista.

Los poderes económicos trabajan sin descanso, el dinero no duerme, para seguir reproduciendo el paradigma. Se trata de un sistema donde «prima la especulación y una búsqueda de la renta financiera que tiende a ignorar todo contexto y los efectos sobre la dignidad humana y el medio ambiente» (n. 56). Se trata, por tanto, de un problema ético, político y económico. La degradación moral del sistema económico es la que produce la degradación ambiental y humana en general. No basta, por tanto, con un cambio de actitudes o de personas, hay que avanzar hacia un cambio de sistema completo. El capitalismo neoliberal mata al hombre y al planeta y debe ser sustituido por un sistema distinto, donde se respete tanto la dignidad humana como la del planeta entero. No nos sirve un moralismo infantil que propugne que los malos se hagan buenos consumiendo un poquito menos o compartiendo un poquito más. Tampoco nos sirve un ecologismo superficial que tiñe de verde el capitalismo para darle apariencia de bondad con el planeta. No es cuestión de engañarnos sobre el alcance de los problemas y sobrevalorar las soluciones que el propio paradigma tecnocientífico aporta en forma de milagros energéticos que salvarán al planeta sin una verdadera transformación social. Eso no es posible hoy, hace falta una transformación radical del modelo capitalista, su sustitución por un modelo del don.

1. La raíz humana de la crisis global actual

La crisis actual de la humanidad no puede ser reducida a una crisis económica o, incluso, financiera. En absoluto. Se trata de una crisis sistémica que afecta a un paradigma completo, a una forma de entender el mundo y las relaciones sociales. Según Francisco, se trata del paradigma tecnocientífico que está sometido a los criterios economicistas de un progreso mal entendido como progreso material, sin ningún miramiento a los problemas que causa. Siendo esto cierto, creo que el problema es aún más profundo. El paradigma tecnocientífico está asociado a un modo de aplicar la economía, el capitalismo neoliberal, que es el verdadero causante de los males que vivimos. Lo único bueno de todo esto es que al entrar en crisis el sistema completo se abren las puertas del mismo para plantear otras opciones, otras formas de vivir y de sentir. Eso lo expondré en la tercera parte de este artículo, ahora se trata de ver los tres pilares sobre los que se asienta el paradigma

con el fin de desconstruirlos, siguiendo el análisis del Papa, pero avanzando más allá de su comprensión del problema. En tres momentos analizaremos el productivismo como la patología desarrollista, el relativismo práctico como mal moral del hombre bajo el paradigma tecnocientífico y la ausencia de límites, la *hybris* del sistema capitalista neoliberal.

a) El productivismo, la patología del progreso

El análisis que hace Francisco parece apostar por el paradigma tecnocientífico como el causante de los males, cuando el paradigma tecnocientífico es una expresión de los males del capitalismo neoliberal¹². La ciencia y la técnica, por sí solas no son capaces de hacer ningún mal al hombre. Solo cuando se ponen al servicio de un modelo económico y social ese paradigma hace estragos. El problema está en que el capitalismo, por su misma esencia, como bien lo ha explicado Thomas Piketty en su conocida obra, tiende al crecimiento constante que genera desigualdad: riqueza para unos pocos y pobreza para muchos¹³. Es el problema de convertir el progreso en un mero y puro productivismo. El capital, como lo explicó Marx en el siglo XIX, tiene una tendencia innata al crecimiento. Necesita para subsistir producir más, crear más para acumular más y vuelta a empezar. Es un círculo vicioso del que no es posible salir, porque no hay límite. En las facultades de economía se enseña, impuesto por la escuela de Chicago, heredera de las teorías clásicas económicas, con Ricardo en su fuente, que el problema de la economía es que existen recursos limitados para necesidades humanas ilimitadas. Esto es lo que lleva a existir a la economía como ciencia, pues debe establecer los criterios para la producción y distribución de los recursos. La mejor manera, enseñan, de organizar esto es el libre mercado, que además se autorregula. Dejando al mercado a su criterio, la economía

¹² «El paradigma tecnocrático también tiende a ejercer su dominio sobre la economía y la política. La economía asume todo desarrollo tecnológico en función del rédito, sin prestar atención a eventuales consecuencias negativas para el ser humano. Las finanzas ahogan a la economía real» (n. 109).

¹³ Cf. PIKETTY, Thomas, *El capital en el siglo XXI*: Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2014. Esta obra demuestra que el capitalismo tiene tres leyes férreas por las que el capital siempre tiende a crecer, generando desigualdad. La primera de estas leyes es que el rendimiento del capital es mayor que el crecimiento económico, por lo cual el capitalista siempre obtiene más que el resto de la sociedad. La desigualdad es el ADN del capitalismo, sin ella no existiría. Por eso, su propuesta es imponer una fiscalidad que elimine la adquisición constante de riqueza por parte del capital y así generar menos desigualdad. Creo que es una propuesta limitada, pero dadas las circunstancias la única viable.

asignará perfectamente los recursos y no habrá ineficiencias. Esto es lo que se enseña, pero es una falacia.

En primer lugar, es falso que las necesidades humanas sean ilimitadas. Lo que es ilimitado es el deseo humano, sus apetencias, sobre todo si son disparadas por la industria publicitaria. El hombre necesita un número limitado y preciso de cosas para vivir; lo que pasa de ahí es superar el límite que le hace ser un hombre cabal. Lo que el capitalismo considera como normal no es más que una patología que habría que tratar. De la misma manera que el exceso en la comida es causa de enfermedades, el exceso en el deseo de posesiones también lo es. Se trata de una patología propia del capitalismo, especialmente del neoliberal. Hay que revertir esta enseñanza que se transmite constantemente a los niños y a los adultos. Hay que mostrar su falsedad.

Pero, también es falso que existan mercados libres y que estos se autorregulen. Nunca en la historia ha existido un mercado libre. Karl Polanyi lo estudió muy bien y deja claro que todos los mercados en toda la historia estuvieron bajo el control social¹⁴. La economía estaba incrustada en la sociedad, en la religión, en la moral. No era un ámbito independiente. Los mercados siempre han estado regulados, incluso en el capitalismo, que han sido regulados para que las grandes corporaciones puedan hacer negocios libremente, sin trabas. De esto se deduce que cuando dicen autorregulación de los mercados quieren decir en realidad autorregulación de las corporaciones que controlan los mercados. Por tanto, la economía capitalista neoliberal, que es más que mera economía, es un sistema completo, se sostiene mediante una falacia social que se enseña y transmite a las generaciones nuevas, produciendo una determinada mentalidad, el productivismo.

En efecto, lo que es el motor del capitalismo, sin lo cual se hundiría, se convierte en elemento sustancial de la sociedad bajo el capitalismo. Se trata de un proceso ideológico por el que el corazón del modelo se inocula como corazón social. Antes de la última crisis capitalista, la del 2008, se nos decía que la única manera de ser felices es creciendo un 3% al año, eso supone, para una economía como la española, producir cada año 30.000 millones de euros nuevos, además del billón del año anterior. Ese crecimiento es la base, nos dicen, para crear empleo y satisfacer las muchas necesidades del país. Sin embargo, ese crecimiento constante, que supone que en 22 años se duplique la producción nacional, no daba para cubrir las verdaderas necesidades del país: un 20% de la población vivía bajo el umbral de la pobreza,

¹⁴ Polanyi trata esto en su obra fundamental, *La gran transformación*: Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2007, pero lo explica más pedagógicamente en *El sustento del hombre*: Madrid, Capitán Swing, 2009.

la cuarta parte de los trabajadores tenían trabajo precario y un tercio de los jóvenes no encontraban trabajo. A la misma vez, las fortunas crecían a un ritmo del 9% anual. La conclusión es muy sencilla para el que quiera hacer cuentas: todo el crecimiento iba a parar a una pequeña porción de la sociedad.

Hoy, tras ocho años de crisis nos tocan la misma cantinela, que hay que crecer para solucionar la crisis. Sin embargo, lo que vemos es que a pesar del crecimiento los ricos son un 15% más ricos cada año y el número de pobres aumenta y no disminuye. Se ha conseguido inculcar en la población, de manera ideológica, el discurso del crecimiento económico y la productividad, el productivismo, que no es más que una patología personal y social convertida en norma. Producir más y mejor cada día es la orientación de toda la política económica dentro del capitalismo neoliberal y todo lo demás se somete a ello. Cuando existen ámbitos de la economía que se han sustraído a este productivismo y que, por tanto, no generan beneficios para las corporaciones y las finanzas, su estrategia es introducirlos en el circuito productivista. En los países europeos se generó todo un ámbito de la economía que no se regía por el principio del productivismo: la salud, la educación, la ayuda social, el trabajo funcional, son los ámbitos que no producen para el capitalismo neoliberal, de ahí su cruzada contra todos ellos.

El productivismo necesario para sostener al capitalismo exige que la economía y la sociedad al completo se integren en el paradigma. Todo debe estar sometido a los criterios productivistas, de ahí que se reduzca el funcionariado, se privatizen sectores de la educación y la sanidad y se mantenga bajo mínimos todo lo que suponga que los seres humanos puedan escapar al productivismo, como son las ayudas sociales. La máxima expresión de este proceso es convertir al ser humano mismo en parte del proceso. Transformar la vida y su reproducción en un eslabón más del proceso productivo. Desde las patentes de las semillas que hace Monsanto hasta la cada vez más extendida intervención en la reproducción humana, las grandes corporaciones consiguen que la propia vida en la Tierra forme parte del productivismo y esté sujeta a sus dictados.

El productivismo, en tanto que patología social, afecta al hombre y afecta a la naturaleza. Nada puede frenar esta necesidad imperante, pues es el núcleo mismo del capitalismo. Si el capital no se reproduce, muere. Esa es la triste verdad, de ahí que el capitalismo esté embarcado en un proceso infinito de autorreproducción que requiere del hombre como garante de esta reproducción constante, sea como productor o como consumidor, las dos dimensiones complementarias de la misma patología social y personal. Incluso el consumismo se convierte en una especie de productivismo pasivo.

Consumir también es producir. Cuando adquiero unas zapatillas deportivas estoy justificando la producción de la siguiente unidad. Y si han sido producidas por mano de obra esclava, estoy legitimando la esclavitud. El consumismo es la reproducción ampliada del productivismo. Por eso es necesario parar, echar el freno de emergencia que, como decía Benjamin, es la revolución. Una revolución de la conciencia humana que se niegue a seguir participando de esta locura. Así lo dice el Papa:

Lo que está ocurriendo nos pone ante la urgencia de avanzar en una valiente revolución cultural. La ciencia y la tecnología no son neutrales, sino que pueden implicar desde el comienzo hasta el final de un proceso diversas intenciones o posibilidades, y pueden configurarse de distintas maneras. Nadie pretende volver a la época de las cavernas, pero sí es indispensable aminorar la marcha para mirar la realidad de otra manera, recoger los avances positivos y sostenibles, y a la vez recuperar los valores y los grandes fines arrasados por un desenfreno megalómano (n. 114).

Es necesario *aminorar la marcha* para recoger los valores positivos que el *desenfreno megalómano* ha arrasado. Magníficas palabras de Francisco, pues de no frenar un poco acabaremos estrellándonos en el abismo. El productivismo es la causa del desenfreno megalómano, el productivismo y el consumismo como su otro espejismo. Pero el mal está en el sistema capitalista neoliberal, que es el paradigma real que nos ha atrapado y no nos permite salir de aquí. El único camino es el decrecimiento económico que produzca un crecimiento moral, pero eso está vedado para quienes están atrapados en el relativismo práctico, como denuncia Francisco.

b) El relativismo práctico como adormidera

Si en el siglo XIX se pudo denunciar la religión como adormidera de las ansias de revolución, hoy lo es el relativismo práctico que gobierna nuestras acciones. Se nos enseña, y se hace con los mejores pedagogos actuales, los publicistas, que tenemos derecho a seguir nuestros propios proyectos, *nuestros sueños* dicen y repiten los chavales que van a los programas de televisión, sin importar qué haya que hacer para conseguirlo. *Persigue tu sueño* es el nuevo mantra que repiten los publicistas con el fin de asociar ese sueño, que tiene que ver con los apetitos desbocados que se suscitan en nuestro imaginario, con la adquisición de unos productos. Esos sueños, siempre relativos, individuales, chocan frontalmente con la existencia de principios y verdades objetivas: respetar a los demás, no utilizar lo que no necesitas, compartir con otros lo que es tuyo, etc. Estas verdades objetivas, que han servido para educar a lo largo de milenios, son tenidas por nada, por humo,

cuando se enfrentan a mi deseo irreprimible. Todo lo sólido se disuelve, dijo Marx y repite Bauman. En el capitalismo neoliberal, especialmente, se destruyen los principios sólidos, las verdades objetivas, de ahí que, como sociedad, no tenemos un límite claro a los apetitos. Por eso insiste francisco en este relativismo:

Si no hay verdades objetivas ni principios sólidos, fuera de la satisfacción de los propios proyectos y de las necesidades inmediatas, ¿qué límites pueden tener la trata de seres humanos, la criminalidad organizada, el narcotráfico, el comercio de diamantes ensangrentados y de pieles de animales en vías de extinción? ¿No es la misma lógica relativista la que justifica la compra de órganos a los pobres con el fin de venderlos o de utilizarlos para experimentación, o el descarte de niños porque no responden al deseo de sus padres? (n. 123).

Todo, absolutamente todo, queda bajo el principio de satisfacción de los propios apetitos. Ni los pobres, ni la naturaleza, nada es un límite infranqueable, pues ya no hay ninguna verdad objetiva que me lo indique, que limite mi deseo. Entonces, todo vale lo mismo, es decir, nada vale nada¹⁵. Son máximas equivalentes. Si todo es igual, si todo vale lo mismo, no hay absolutamente nada que valga algo, pues para que exista el valor debe haber un polo objetivo del mismo, debe haber un máximo de valor que relativiza el resto. Solo si hay un límite infranqueable se establece la lógica del valor. Cuando el límite solo está detrás del deseo, ya no hay nada objetivo sino solo el sujeto, sujetado a su deseo, es el valor absoluto. De esta manera lo mismo da comprar productos elaborados con mano de obra infantil que consentir la expulsión de los refugiados. Todo, absolutamente todo, está permitido si con eso se consigue aplacar el deseo absoluto del sujeto ensimismado. En este punto, la ausencia de valores objetivos se transforma en una cultura, la cultura del relativismo:

La cultura del relativismo es la misma patología que empuja a una persona a aprovecharse de otra y a tratarla como mero objeto, obligándola a trabajos forzados, o convirtiéndola en esclava a causa de una deuda. Es la misma lógica que lleva a la explotación sexual de los niños, o al abandono de los ancianos que no sirven para los propios intereses. Es también la lógica interna de quien dice: «Dejemos que las fuerzas invisibles del mercado regulen la economía, porque sus impactos sobre la sociedad y sobre la naturaleza son daños inevitables» (n. 123).

Cuando esta lógica se ha impuesto como cultura, cuando ya se ha hecho civilización, entonces lo humano se confunde con el individualismo más craso. Es una patología civilizatoria que daña al ser humano y a la

¹⁵ Cf. PATEL, Raj, *Cuando nada vale nada*: Madrid, Libros del lince, 2010.

naturaleza, donde todo se ha convertido en instrumento de satisfacción de los deseos humanos transformados en necesidades perentorias de las minorías que viven en el mundo enriquecido. Detrás de esta patología está la idolatría de las leyes del mercado que destruyen tanto la naturaleza como al ser humano. Esas leyes del mercado tanto sirven para producir alimentos en África para ser exportados a Europa mientras allí mueren de hambre, como para utilizar a niños y niñas como esclavos sexuales o para saquear los mares y océanos para llenar las mesas de los caros restaurantes de las grandes ciudades. El mercado se ha convertido en un ídolo que todo lo justifica. Los daños producidos por su lógica se consideran inevitables si queremos que la economía crezca. Es el ídolo principal del productivismo y el sostén del relativismo práctico.

Al convertirse en una lógica cultural y civilizatoria, este relativismo práctico no puede ser vencido sólo con la ley o con un proyecto político, es necesario ir a la raíz humana de este mal. Como dijera Kafka, el capitalismo es un estado del alma, de ahí que la corrupción llegue hasta la médula del hombre. Necesitamos leyes y políticas que cambien esta lógica, pero más importante aún, necesitamos transformar los corazones y las mentes de las personas, se necesita una verdadera *metanoia* para que cambiemos esta lógica global, una lógica, en palabras de Francisco:

(...) es la misma lógica del «usa y tira», que genera tantos residuos sólo por el deseo desordenado de consumir más de lo que realmente se necesita. Entonces no podemos pensar que los proyectos políticos o la fuerza de la ley serán suficientes para evitarlos y como obstáculos a evitar (n. 123).

Esto nos permite atisbar un horizonte de esperanza, pues no es necesaria una revolución social completa, basta con que cada uno elimine esa lógica de su interior; esto hará un bien enorme a la sociedad, porque de las prácticas correctas vendrán pensamientos correctos que nos llevarán a otra forma de organizarnos. La lógica del usar y tirar, del consumo sin medida, es la lógica del lucro, la otra cara del lucro. Productivismo y consumismo son las dos caras de la misma moneda del progresismo que nos ha traído hasta el relativismo práctico. Sin embargo, debemos avanzar para ir más allá del paradigma tecnocientífico, hay que poner límites.

c) Más allá del límite: la técnica separada de la ética

Ya hemos indicado que, según la Biblia, el mal entra en el mundo al superar el límite, el límite es la garantía de lo humano. Los dioses, en el panteón griego, eran los ilimitados por definición, de ahí que fueran inmorales. Ser inmortal te hace inmoral. Dicho de otra manera, la garantía de

la moralidad es la mortalidad. Pues, solo si tenemos un límite absoluto, la muerte, nuestra vida cobra valor y nuestras acciones son importantes. No da lo mismo uno cosa u otra, pues me tengo que morir y mis acciones cuentan. No es lo mismo si me caso o no, no es lo mismo si tengo hijos o no, no es lo mismo si cuido de mis padres o no, no es lo mismo si respeto a mis semejantes o no, no es lo mismo si cuido de mi entorno o no. No es lo mismo porque me tengo que morir. Por eso, el paradigma tecnocientífico ha silenciado la muerte. La muerte ha sido excluida de la sociedad¹⁶. El proceso de medicalización de la muerte, la separación de los vivos en el trance del moribundo, la supresión farmacológica del duelo, nos lleva a perder la consciencia de la muerte. Todo en esta sociedad está organizado para evitar la muerte. Sí nos muestran muertos, pero nos alejan de la muerte. La pérdida de esta conciencia de la muerte nos lleva a la relajación de la moralidad como elemento sustancial de lo humano. El límite de la muerte es el que nos pone en nuestro sitio, nos hace ser conscientes de quienes somos: unos seres mortales, finitos y limitados. Cuando el niño accede a la conciencia de la muerte, accede a la madurez y al ámbito de la libertad. Solo si eres responsable de unos actos que han cobrado valor a la luz de la finitud, entonces será posible ser libre. La conciencia del límite de la muerte nos hace responsables de nuestros actos y esto nos hace libres y, por tanto, morales.

Desde el nacimiento de la modernidad, la ciencia y la técnica han sido los sustitutos de la magia de la antigüedad. La búsqueda de la eterna juventud y, por tanto, la inmortalidad, pasó a sustituir a la búsqueda de la piedra filosofal que había guiado la búsqueda del mundo tardo antiguo y medieval. Aunque la piedra filosofal tenía poderes como transmutar un metal en oro o dar la inmortalidad a quien la poseyera, se la buscaba por el conocimiento que aportaba. En el paradigma tecnocientífico moderno se busca, no el conocimiento, sino los efectos. Se trata de un paradigma práctico que busca controlar los procesos naturales y al hombre mismo. Es, por su propia estructura, una ruptura de los límites, pues la técnica sin ética no es más que la vida sin límites del paraíso. Es, en último término, una vuelta a la situación edénica previa a la expulsión. Se trata de comer del fruto del árbol del bien y del mal y del fruto del árbol de la vida a un tiempo. No se aceptan los límites.

Hoy, la ciencia es capaz de romper las barreras de la vida humana mediante implantes que renuevan nuestro cuerpo y casi nuestra alma¹⁷. Es po-

¹⁶ Cf. ARIÈS, Philippe, *El hombre ante la muerte*: Madrid, Taurus, 2011, pp. 647-651.

¹⁷ Cf. PÉREZ ANDREO, Bernardo, «¿Seréis como dioses? Los límites humanos y el poshumanismo», en *Moralía* 149, 2016, pp. 34-38.

sible leer literalmente el cerebro de un ser humano, implantar un chip de memoria del tamaño de una micra en el cerebro con las mismas funciones que nuestra memoria, soldar las neuronas y, en breve, será posible volcar la información cerebral en un ordenador. Además, es posible cambiar cualquier elemento de nuestro cuerpo por otro de las mismas características producido a partir de nuestro ADN. Es casi posible mantener con vida ilimitada a un ser humano concreto. La ciencia y la técnica ya han rebasado el límite de la vida y el del conocimiento. Ahora, casi, somos como dioses. Podemos destruir el planeta y podemos construir vida en otro planeta. Podemos modificar las leyes de la naturaleza porque conocemos su funcionamiento. Podemos transformar la realidad a nuestro antojo, ese es el problema. Que nuestro antojo es el lucro y el consumo, la satisfacción de nuestros deseos.

Somos capaces de cualquier cosa en este mundo. Desde levantar millones de toneladas de bosques en Canadá para sacar las arenas bituminosas, hasta modificar genéticamente organismos para que cumplan ciertas características queridas por las empresas. Sin embargo, no somos capaces de acabar con el hambre del 15% de los seres humanos, ni de enfermedades que en el mundo enriquecido desaparecieron hace mucho. No somos capaces de cuidar nuestro planeta para que sirva para las generaciones futuras, ni lo somos de evitar la muerte y el sufrimiento de miles de millones de seres humanos que viven en condiciones pésimas. Y no lo somos porque no queremos. Es un acto de la voluntad, es un acto moral. Hacer lo uno y no lo otro son actos morales que nos cualifican como seres humanos. Vivimos en una época de inmoralidad radical, fruto del paradigma tecnocientífico que nos ha llevado al relativismo práctico que es el humus del sistema capitalista neoliberal globalizado. Ante esto sólo nos queda apostar, como el Papa Francisco, por una ecología integral, una ecología que una lo ambiental, lo económico y lo cultural.

2. *Hacia una ecología integral: la revolución de la ternura y la misericordia*

El Papa insiste en la Encíclica «todo está íntimamente relacionado» (n. 137). Esta es la base para una ecología integral. Se trata de una ecología que no separe lo ambiental de lo humano y lo humano de lo cultural y social. Al fin, el término *ecología* versa sobre la casa, la casa común que es la Tierra. Es una casa donde todo está ordenado, como en el relato del Génesis, para la vida del hombre en medio de su mundo natural. Dios puso un jardín con todos los elementos necesarios para la vida, lo físico y lo estético (árboles gustosos de comer y deleitosos de mirar), pero también lo ético, el límite. El hombre recibió el encargo de cuidar y proteger y el mandato de comer de

todo excepto del árbol del centro del jardín. La casa común es un todo que nos aporta los elementos físicos, estéticos y éticos de nuestra vida. Se trata de establecer los criterios políticos para que esa vida pueda seguir adelante.

Lo primero será poner límites para delimitar lo humano, tras eso veremos que todo está interconectado, que no hay nada, absolutamente nada, que pueda existir sin tener presente lo demás. Esto nos llevará a la revolución de la ternura que implica un cambio paradigmático, del paradigma tecnocientífico del realismo práctico del capitalismo neoliberal, al paradigma del don y el bien común. Ser hombre es ser hombre con otros hombres en medio de la naturaleza. Si no se respeta esta triada: persona, sociedad, naturaleza, no seremos hombres, quizá dioses, pero dioses inmorales.

a) Poniendo límites

Un cambio de paradigma empieza cuando se ponen en cuestión los dogmas que lo sustentan. Los dogmas que sustentan nuestro paradigma tecnocientífico son el productivismo y consumismo junto con la satisfacción del deseo. Estos dogmas tienen su apoyo en la ausencia de límites, físicos, éticos y sociales. Por tanto, lo que hay que hacer para cambiar el paradigma es poner límites, delimitar lo humano. Eso debe hacerse a nivel personal y a nivel social para que tenga efecto. Un paradigma no cambia si la mentalidad de la gente no cambia. Es más, el cambio de paradigma es el cambio de la mentalidad, que luego transforma la sociedad.

Hay que decirlo con claridad, no todo vale, no todo está permitido, no puedes hacerlo todo. Se trata de proponer nuevamente los imperativos categóricos kantianos. Cada uno de nosotros debe convertirse en legislador universal, de modo que la máxima de nuestra acción pueda ser ley universal. Como lo dice Hans Jonas, «obra de tal modo que los efectos de tu acción sean compatibles con la permanencia de una vida humana auténtica en la Tierra». Esta es su versión positiva, en su versión negativa dice así «No pongas en peligro las condiciones de la continuidad indefinida de la humanidad en la Tierra». Sin embargo, hay una expresión más apropiada del propio Jonas, «Incluye en tu elección presente, como objeto también de tu querer, la futura integridad del hombre»¹⁸.

Estos nuevos imperativos para una civilización tecnológica implican introducir el límite en las acciones humanas. Para que los efectos de nuestras acciones sean compatibles con *la vida humana auténtica* no puedo consumir sin límite, deberé mirar antes quién, cómo y en qué condiciones lo ha

¹⁸ JONAS, Hans, *El principio responsabilidad. Ensayo de una ética para la civilización tecnológica*: Barcelona, Herder, 1994, p. 40.

producido; si esas condiciones son compatibles con la sostenibilidad del Planeta y con la dignidad humana. Para no poner en peligro *la continuidad indefinida de la humanidad* deberemos limitar la producción sometida a la tiranía del crecimiento ilimitado y exponencial. Cualquier cosa que crece a un ritmo del 2% anual, como es el caso de la producción global mundial, se duplica en treinta y cinco años. Es ilusorio pensar que el Planeta va a resistir este ritmo de producción, es incompatible con la continuidad indefinida de la humanidad.

Más importante aún es incluir *en nuestras elecciones presentes la futura integridad del hombre*, esto sí que implica un límite absoluto a nuestro deseo y el fin del relativismo práctico, el fin del capitalismo. El paradigma capitalista neoliberal se asienta sobre la ignorancia de las consecuencias futuras de nuestras acciones presentes. Introducir el límite de la integridad futura del hombre, no de la mera supervivencia, sino de la conservación de lo que el hombre es íntegramente, es romper con la lógica relativista. Que mis hijos y nietos puedan vivir de un modo digno como hombres, en un ambiente natural benigno y en una sociedad justa es un límite radical, no ya a mis acciones, sino, lo más importante, a mi querer, a mi voluntad. No puedo quererlo todo, porque cualquier cosa no es compatible con la existencia humana íntegra en la Tierra. Aquí vamos a la raíz del mal actual, pues se trata de la voluntad. Una voluntad pervertida solo se deja arrastrar por sus deseos convenientemente exacerbados. Una voluntad sana, que tiene presente en todo momento las consecuencias de sus acciones, limita su deseo y lo limita a las necesidades humanas, necesidades que deben ser las menos posibles: vivienda, alimento, vestido, cultura, educación, sanidad y comunicación. Estas son las necesidades de indigencia que dijera Santo Tomás actualizadas al mundo actual¹⁹.

b) Todo está relacionado

Otro de los elementos para una ecología integral que nos ayude a superar el paradigma tecnocientífico relativista es romper con la falacia del individualismo que corta los vínculos entre lo natural y lo humano, entre lo individual y lo colectivo. El ser humano no puede vivir si no lo hace como un individuo inserto en una comunidad cultural e histórica. Dicho en otros términos, el hombre es persona, no individuo. Ser persona implica la relación como elemento sustancial de lo humano. La relación no es accidental sino sustancial al ser humano. Se trata de una relación en cuatro tiempos. Relación con el otro, el prójimo el que tengo delante. El primer prójimo es

¹⁹ *Summa Theologica* II-II q. 66.

la madre y el padre, también el hermano. Es una relación cara a cara que nos constituye como un tú capaz de responder. Aquí nace el principio de la responsabilidad y con él el sujeto ético, limitado por el otro.

En segundo lugar, está la relación con lo otro, con el medio natural. Se trata de la relación que construye nuestra mismidad biológica. Respirar, comer, mirar nos hace animales, pero unos animales capaces de contemplar el mundo como un lugar en el que estoy y del que dependo, pero que a la vez depende de mí. Nace la conciencia de la mismidad natural, nace el sujeto estético, limitado por lo otro. Pero esta mismidad quedaría clausurada sin otra relación, la relación con los otros. Se trata del vínculo con la comunidad, con la sociedad. Es un vínculo imprescindible para constituir el sujeto político, el que toma decisiones comunes que afectan a todos, el que se debe dejar limitar por los otros. Estas tres relaciones quedarían incompletas sin la relación con El Otro que constituye el sujeto espiritual del hombre, marcando un límite absoluto e infranqueable, el límite trascendental.

Las relaciones que constituyen lo humano nos indican que todo está interconectado, que no es posible actuar en uno de los ámbitos sin que tenga efectos en los otros. Esto mismo es lo que el paradigma tecnocientífico ha establecido, que no hay vínculos, que no hay causalidad, que no hay consecuencias. Sin embargo, ser humano es aceptar que hay consecuencias. Mi acción de comprar este o aquel producto, de comprar en general, tiene unas consecuencias en el medio natural y en los otros que se ven afectados por la decisión. Mi trabajo repercute en la naturaleza y en la sociedad. Mis actos no son inocuos por eso pueden ser inicuos. Todo está relacionado con todo, de ahí que nuestras decisiones son importantes, tienen consecuencias, ahora y siempre. Será necesario cargar a cada uno con las consecuencias de sus deseos, porque las acciones tienen arreglo material, los deseos solo tienen un arreglo moral. Hay que cambiar la estructura volitiva humana, transformar el corazón y la mente del hombre para que podamos vivir indefinidamente en la Tierra. Hace falta una revolución integral, la revolución de la ternura.

c) La revolución de la ternura

Una ecología integral supone un cambio radical de paradigma. Desde el paradigma relativista que pone los deseos del individuo sin límite alguno por encima de todo, hacia el paradigma del don en el que el yo se siente agraciado por el don puro de la existencia. El corazón del hombre se ve conmovido por la naturaleza que penetra en él y estalla en una armonía universal en su interior. Pero también se ve conmovido por la presencia del otro, de los otros, que claman a su compasión, a su sentir con ellos. Al fin,

este corazón concernido por lo que le rodea se ve anonadado por la presencia del Otro que crea una conciencia de entrega que perdona el don recibido. Don y perdón son los dos momentos esenciales de una conciencia humana íntegra e integrada en el todo que lo rodea.

La ternura es la constitución esencial de lo humano. La ternura es el movimiento interno del hombre que sale de su mismidad al encuentro de lo otro, del otro y se deja llenar por él. Las entrañas se revuelven ante la presencia del misterio que envuelve la realidad, un misterio del que se sabe partícipe. Cuando el hombre vive esta experiencia, su ser apaga los deseos y ya solo desea la plenitud de la presencia de lo otro y del otro. La ternura nos lleva a la contemplación de la naturaleza, no como un lugar de lucro o un espectáculo, sino como la manifestación de una presencia trascendente. Esto lo han experimentado todas las culturas hasta hoy, hasta que la cultura tecnocrática ha cerrado las entrañas de misericordia del hombre.

Esta revolución de la ternura debe partir del propio cuerpo, síntesis de lo biológico y lo espiritual en el hombre. Pues la relación con el propio cuerpo es un indicio de la relación con los demás y la naturaleza. Así lo identifica Francisco:

Nuestro propio cuerpo nos sitúa en una relación directa con el ambiente y con los demás seres vivientes. La aceptación del propio cuerpo como don de Dios es necesaria para acoger y aceptar el mundo entero como regalo del Padre y casa común, mientras una lógica del dominio sobre el propio cuerpo se transforma en una lógica a veces sutil de dominio sobre la creación (n. 155).

Y, habría que añadir, de dominio sobre los demás. La lógica del dominio está subrogada a la lógica del deseo. Mis deseos me dominan y me llevan a dominar el medio natural y a los otros seres humanos. Por eso es necesario liberar al hombre de esta lógica mediante la lógica del don, la misericordia y el amor. Todo lo que somos y tenemos es un puro don, desde la propia vida, pasando por el lenguaje que nos permite habitar el mundo y la materia que nos nutre y sustenta. Todo es don. El reconocimiento de esto a nivel personal nos conduce a sus consecuencias ambientales y sociales.

Si todo es don y yo lo debo todo, no puedo hacer uso indiscriminado de la naturaleza, pero tampoco de los demás. Se impone el principio del bien común como principio rector de las relaciones entre los hombres y con la naturaleza, pero, además, dice el Papa:

Se convierte inmediatamente, como lógica e ineludible consecuencia, en una llamada a la solidaridad y en una opción preferencial por los más pobres. Esta opción implica sacar las consecuencias del destino común de los bienes de la tierra (n. 158).

El principio del bien común implica que lo que somos y tenemos es fruto de la vida conjunta y que nadie puede apropiarse aquello que es común. Nadie puede apropiarse el sol o el agua, la tierra o la luz. La belleza no puede comprarse, tampoco el amor. Los bienes comunes son todos aquellos que van más allá de mi propia corporeidad. Es decir, todo es común. Por eso, esos bienes deben tener un destino universal. Frente a la lógica del mercado que excluye a una parte enorme de la población de los recursos básicos, se impone la lógica del don por la que todos somos acreedores de lo que se produce. Esta lógica nos lleva a dar a cada uno según su necesidad y exigir de cada uno según su capacidad. Esta lógica supone el fin del capitalismo neoliberal, pero debe ir acompañada del respeto absoluto a la naturaleza, a sus ciclos y sus tiempos. No se trata de repartir con justicia, también es producir con justicia y respeto. Frente a los modelos socialdemócratas que buscan un reparto justo de lo injusto; frente al modelo neoliberal que le importa un pimiento el reparto, la revolución de la ternura supone un sistema nuevo de producción y distribución que respete el medio natural y la dignidad humana.

4. CONCLUSIÓN

La propuesta de una ecología integral de Francisco tiene hondas repercusiones a nivel social. No se trata únicamente de integrar lo humano en lo ambiental, de ampliar el concepto de ecología, quizás muy restringido en los últimos años al plano medioambiental, sino de excluir el pensamiento que está atrapado en la lógica del paradigma tecnocientífico vigente en el modelo capitalista neoliberal de principios del siglo XXI. Las causas del error en que hemos convertido la Tierra hay que buscarlas en la estructura profunda del relativismo práctico en que vivimos. El productivismo y el consumismo son la expresión de una concepción errónea del progreso, una confianza ciega en las leyes del mercado elevado a ídolo intocable y una pérdida de lo que nos hace humanos, los límites. La ruptura de los límites es, ya desde el Génesis, la causa de los males del hombre. Con el actual paradigma, la ausencia de límites se ha convertido en su esencia misma. *No limits* es el lema de varias campañas publicitarias que excitan los deseos del hombre para incitar el consumo sin medida.

Poner límites es la clave para transformar el paradigma. En primer lugar, límites en el hombre, dentro de él, en su propio querer. Hay que incluir en nuestra elección presente, como objeto también de nuestro querer, la futura

integridad del hombre. Esto es el límite perfecto, pues modifica nuestra estructura volitiva deformada por el deseo excitado. Estos límites internos nos llevarán a los límites externos. Todo no está permitido, solo aquello que permita la pervivencia de integra de la humanidad. Porque todo está relacionado y el hombre es un ser en relación, consigo mismo, con el otro, con lo otro y con los otros, pero también con El Otro. El ser relacional se opone al ser clausurado en sí mismos, en sus deseos. Esta conciencia de la estructura relacional del ser humano le llevará a una inevitable revolución.

La revolución de la ternura no es más que dejarnos llevar por las mociones del propio cuerpo. De las entrañas sale la conmoción ante el sufrimiento, pero también ante la belleza. Esta conmoción nos lleva a buscar las vías para hacer de nuestro mundo un lugar de amor y misericordia, desde el reconocimiento del don como estructura que posibilite de la vida. El Papa Francisco nos ha invitado a pensar esto con radicalidad, de modo que este siglo sea el siglo de lo humano íntegro, no el siglo en el que la humanidad podría destruir las bases de su existencia. Podemos hacer lo uno y lo otro, ante nosotros está la decisión. Se trata de elegir, como siempre, entre respetar los límites o romperlos y con ello acabar con lo humano.

BIBLIOGRAFÍA

- ARIÈS, P., *El hombre ante la muerte*. Madrid, Taurus, 2011.
- JONAS, H., *El principio responsabilidad. Ensayo de una ética para la civilización tecnológica*. Barcelona, Herder, 1994.
- JUAN PABLO II, *Carta Encíclica Centesimus annus*, 1 de mayo de 1991.
- PAPA FRANCISCO, *Carta Encíclica Laudato Si'* sobre el cuidado de la casa común, 24 de mayo de 2015.
- PATEL, R., *Cuando nada vale nada*. Madrid, Libros del lince, 2010.
- PÉREZ ANDREO, B., «¿Seréis como dioses? Los límites humanos y el poshumanismo», en *Moralía* 149, 2016, pp. 25-45.
- PIKETTY, T., *El capital en el siglo XXI*. Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2014.
- POLANYI, K., *El sustento del hombre*. Madrid, Capitán Swing, 2009.